

Lágrima de libertad

por Marta Parra Vázquez

Premio 1º de Prosa, Categoría B, Concurso Cervantes 2007

Aisha retrocedió con cara de pánico. La noticia de que los soldados volverían a la carga se clavó en ella como un cuchillo. Había resistido tanto tiempo en pie, tanto tiempo luchando por su vida hasta que por fin firmaron la paz, y ahora, en un segundo, alguien, alguna de esas personas que creen que la gente de sus pueblos son juguetes y ni siquiera les conocen, había decidido que la guerra seguiría quién sabe por qué intereses. Quizás dinero, quizás petróleo. ¿La vida de una persona puede ponerse a precio en litros de petróleo? Pero ni siquiera es eso, las personas no valen petróleo, no valen nada, son como soldaditos de plomo.

Los aviones volvían a cubrir el cielo. La desesperación en las caras del pueblo. La gente volvía a correr de un lado para otro intentando encontrar a las personas que amaba, para no separarse nunca de ellos, en la vida o en la muerte. Volvían a reclutar tropas, de casa en casa, a todos

los jóvenes que pudiesen sostener un arma y a todas las personas mayores que se pudieran sostener a sí mismas. Aisha ya había perdido a dos hermanos y sabía que, si hacían otra redada, su último hermano tendría que acudir a la primera fila de guerra, así como sabía que de allí no regresaría.

Mandaron llamar a su hermano, de tan sólo 10 años. Aisha le abrazó fuerte pero le dejó ir. No tenía fuerzas para pelear o gritar. Las pocas fuerzas que le quedaban las necesitaba para conseguir algo de comida, pues su padre y su madre eran viejos ya; por eso no habían ido a la guerra, y ellos gastaban sus últimas fuerzas en rezar por que todo acabase de una vez.

Ella era de las pocas chicas que aún tenían a sus padres y estaban los tres ilesos. La guerra anterior había dejado tras de sí miles de muertos, cientos de miles con lesiones graves y a cientos de personas se les había tenido que amputar algún miembro en condiciones infrahumanas. La guerra sólo traía mise-

ria y hambre. Aisha hacía comidas con raíces que había conocido gracias a su abuela. Raíces difíciles de encontrar en un suelo polvoriento y seco. Por eso se jugaba la vida cada vez que salía de su aldea para buscarlas.

Ella ya no sentía nada. Su cara estaría mojada de lágrimas, si no fuese porque no tenía suficiente agua en el organismo para llorar, pero todo ese dolor le había hecho de su corazón una piedra. Era como un fantasma vagando por un cementerio. Sus ojos se perdían en el horizonte, no miraban nunca a nada. Su tristeza estaba tan dentro, y era tan fuerte, que su alma se reprimía de quejarse y luchar.

Las armas se volvían a repartir por si los enemigos atacaban a pie, lo que no era probable dado que tenían grandes armas de destrucción masiva y miles de pequeñas bombas que podrían destrozarse el pueblo de Aisha, como si de un pisotón a un hormiguero se tratase.

A veces intentaba hacerse la idea del peligro que corría, y de cómo

Marta Parra Vázquez, alumna de 4º B de E.S.O.

podrían hacer que ella muriese. Le resultaba tan cruel que una persona fuese poniendo chinchetas en un mapa según caían sus bombas... la chincheta podía cruzar su cuello en el momento que se clavase en su diminuta provincia. Era como echar una moneda al aire, jugar con un dado. Lo importante no era dónde sino el efecto que producirían en el bando enemigo. Por lo tanto aquí la compasión no valía, los valores humanos: ¿qué eran los valores humanos? Un sueño dorado que jamás alcanzarían en ese estado mediocre y cada día más pobre.

Las ideas pasaban por la cabeza de Aisha, una niña de tan solo 16 años, que veía la guerra desde su punto de vista. Se podría pensar que era un tanto infantil, y con valores aún no bien fijados. Pero ella sentía todo en su propia piel, tenía el dolor muy dentro y le permitía ver todo y expresar lo que sentía. Sus ideas no eran menos que las de cualquier otra persona que hubiese probado el amargo sabor de la guerra.

Ella jugaba a imaginar un mundo de colores. Se imaginaba unas flores con olor a pólvora, un río con un cauce sucio y fangoso, un sol ardiente, tanto como las casas de la gente cuando ardían.

Anunciaron que al anochecer habría un fuerte ataque de las tropas enemigas de a pie y volvería el ejército a defender el pueblo. Sus padres estaban muy débiles y se tendrían que quedar allí y pensar en una victoria de los suyos, porque de lo contrario les quedaría poco tiempo de vida.

Empezaron a buscar a todas las mujeres en edad fértil para llevarlas a una zona segura. Aisha sabía que eso no sería más que otro calvario. Los soldados jugarían con ella para distraerse hasta enfrentarse a una muerte segura.

Quizás vería a su hermano, quizás, pero era demasiado improbable.

Ella corrió a esconderse en su

casa; si se la llevaban no tendría más que obedecer.

Sus padres la vieron esconderse tras dos fardos de paja y la miraron con toda la tristeza de su corazón. Aisha no entendió nada hasta que entró un hombre por la puerta directo a ese lugar. Sus padres la habían delatado. Ella sabía que era por amor, pero aún así ya había perdido todo lo que un día consideró una gran fortuna. La mirada triste de sus padres era un adiós, una forma tan difícil de decir adiós que no se podía expresar con palabras, sólo bastó para entenderlo esa mirada y una lágrima.

Ella no protestó. Sabía que, si se quejaba, sus padres empeorarían y sentirían tremendamente lo que habían hecho, pero lo habían hecho para que ella siguiese con vida.

Aisha sólo tenía ganas de desaparecer. En ese momento se hubiese querido quitar la vida y que no hubiese existido la conciencia en su interior. Pero su vida a la vez era la única razón de seguir luchando. Sus padres le habían dado una vez más la vida y no le pertenecía, se la debería eternamente a ellos.

La llevaron a una jaula compartida, junto con otras muchachas cuyos rostros no le eran desconocidos y la metieron en un camión como a una pieza recién salida del matadero.

Miraba cómo se alejaba su pueblo a lo lejos, sus recuerdos, su infancia, al fin y al cabo, su vida.

Entonces, con un profundo pinchazo en el corazón, dejó todo eso atrás en un segundo, el tiempo que tardó en girar su cabeza y mirar al futuro, un futuro no menos oscuro que su pasado, pero sabía que le dirigiría a algún sitio. Cuando hizo esto se propuso olvidar todo para guardarlo bajo llave en su alma y no sacarlo nunca más. La vuelta de la mirada supuso una nueva etapa para empezar, más dura si cabía que la anterior, lejos de sus seres queridos, lejos de sus costumbres y su casa.

La incertidumbre de a dónde se dirigirían era nula, no importaba el dónde, tampoco el quién, solo el porqué. Para olvidar todo el pasado, borrarlo de su cabeza, respecto a su familia.

Las otras mujeres hablaban palabras sin sentido, murmuraban quejas de dolor que sólo oía el silencio, intentaban tocar el sol sin poderse tocar a sí mismas, de la debilidad que sentían. Pero, en cualquier caso, esperaban un futuro prometedor; la palabra que se leía en sus rostros era esperanza, una plena esperanza.

Aisha no tenía tan claro que eso fuese cierto, pero sabía que tenía que sostener su cordura pensando en que todo iría a mejor.

La travesía fue larga y pesada, pero no más pesada que sus ilusiones, que se hundían cada vez más. Pasaban por paisajes desolados, hogares destruidos. Una palabra describía lo que veían a su paso: miseria. La destrucción se palpaba en el ambiente; a su paso todo estaba destrozado, las casas derruidas y las plantas se habían escondido como lo hacen las ranas en los estanques al llegar el frío.

Sólo paraban apenas dos horas al día para descansar, horas que los encargados gastaban en emborracharse para ausentarse de la realidad; pero para sonreír eran malos tiempos. Por mucho alcohol en sangre que tuviesen, su boca no mostraba ese gesto. Todas las familias estaban rotas, destrozadas y, aunque suene cruel, desmenuzadas, esparcidas por todos lados.

La verdad es que en aquel país nunca habían ido las cosas del todo bien. Explotación infantil, hambre y otras cosas hacían que el rumbo del destino tirase hacia la guerra. Y si antes el país era pobre, ahora yacía inerte en un mar de desesperación sin rumbo.

Los máximos representantes del país manejaban todo como en un tablero de ajedrez se manejan las

piezas, mientras la gente moría de hambre y perdía a sus familias.

Aisha llegó a su destino. Era una ciudad bastante bonita y bien reconstruida. Habían llevado allí a muchos obreros para construir viviendas para las mujeres. Todo parecía un sueño, un nuevo lugar apartado de la guerra, un futuro esperanzador por delante, una casa donde vivir. Ella no se podía creer lo que veían sus ojos. ¿Realmente su destino era aquella ciudad? El camión había parado y parecía que abrían las puertas. El chirriar de las bisagras podría ser el encantador sonido de la libertad. La luz que entraba por el respiradero podría ser el nuevo sol que cubriría su piel.

Todo era tan hermoso... que no podía ser cierto.

Sacaron a Aisha por medio de empujones y risas de los soldados y la llevaron a una de las bonitas casas.

No entendía nada.

Al llegar la metieron en una oscura habitación, no muy distinta a la parte trasera del transporte en el que había llegado a la ciudad. Se evaporaba la ilusión de poder volver a vivir.

Aisha pensaba cómo había podido ser tan ingenua, haber tenido esperanza, y ahora veía cómo todo se truncaba.

Cada vez temía más lo que podría pasar; su confusión crecía cada minuto, cada segundo.

Sentía las sensaciones más que nunca sumida en aquella oscuridad. Su piel estaba arrugada por el frío, su cabeza no podía dejar de pensar en qué pasaría después.

Entonces se abrió la puerta dejando ver tras de sí una luna perfecta, no tapada por los aviones. Era la luna que soñaba comerse Aisha cuando era pequeña. Como una galleta de las que conseguía de vez en cuando su madre para comer.

Pero ahora la luna no la recordaba a aquella galleta, sólo pasaba por su mente la idea del horror al que podría ser expuesta en ese momento, su vida se equilibraba en una balanza de la que no sabía a qué lado iba a inclinarse.

Salió de la habitación preguntándose quién era la persona a la que estaba siguiendo, y por qué sentía la necesidad de seguirle cuando lo que realmente quería era escapar de todo, de todos, una libertad sin normas, leyes o impedimentos, sin guerra.

La persona que la precedía paró en seco. Aisha se asustó. Su corazón latía más fuerte que nunca. Su pelo se elevaba y jugaba con el viento, a la vez que su cara guardaba el temor que sentía en su mirada.

Sus claros ojos se clavaron en la cara de aquel hombre. No podía creer que fuese verdad: era su hermano mayor. Casi no pudo ver su rostro porque la abrazó inmediatamente cubriéndola con sus anchos brazos.

Ella siempre le decía de pequeña que la abrazase. Porque así, y sólo así, sentía que nada en el mundo existía y se sentía completamente segura, arropada por el amor de su hermano.

Por primera vez en su vida, oyó el llanto de su hermano. Ni siquiera cuando era pequeño lloraba, siempre había sido un niño tremendamente fuerte.

Las sensaciones se fueron desvaneciendo, Aisha se sentía muy extraña. Su hermano se alejaba. El mundo entero parecía alejarse, por mucho que corriese. Ella sólo quería fundirse para siempre con su hermano al que creía muerto y no separarse de él hasta que todo acabase, pero desapareció.

En un instante volvió a sentir la oscuridad y las rejas del camión, todo había sido un sueño, un simple sueño. Su inconsciente la había

traicionado, se sentía engañada. Pataleó y golpeó con todas sus fuerzas a las verjas que la retenían, pero sabía que con eso no iba a hacer que su sueño fuese realidad.

Se sentó en una esquina del camión e intentó volver a dormirse; quizás pudiese seguir manteniendo vivas sus ilusiones a través de sus sueños.

Cada vez que cerraba los ojos veía a su familia, contemplaba su niñez. Era una sensación tan rara pensar que de pequeña soñaba con ser soldado y tomaba los palos como espadas y ahora repugnaba a todo lo que tenía que ver con la guerra.

Puede ser que hubiese perdido todo en la vida, no hacía más que dar vueltas en la cabeza, pero sus compañeras intentaban animarse unas a otras contando las historias de sus respectivas vidas. La mayoría no eran ni la mitad de afortunadas que Aisha; todas habían resultado heridas de la guerra y muchas lloraban aún por la muerte de sus maridos o el fallecimiento de sus padres. Dolor que ella no podía catar de primera mano.

Intentó parecerse a su hermano y ser fuerte. Ya no era por ella, sino por las demás mujeres. Ella era la chica más joven y debía mantener a las demás en pie. No todas tenían ganas de seguir viviendo. Algunas se negaban a comer y otras simplemente no cruzaban una sola palabra con nadie para morir de desoladas y cubiertas por la soledad.

Ya ninguna de ellas se preguntaba a dónde las llevarían. Era evidente que no podían llevarlas a ningún sitio conocido, puesto que llevaban cerca de dos meses de marcha y nunca habían viajado tanto tiempo fuera de su pueblo.

En el camión al menos tenían comida para pasar las semanas. Los ánimos siempre los daba alguna mujer mientras las demás se desesperaban. Cada día una man-

tenía la postura de que la guerra acabaría y volverían a ser felices y así conseguían que saliese la esperanza a flote.

Las voces eran más débiles con el paso del tiempo. Se preguntaban qué estaría pasando fuera, si la paz había llegado a algunos lugares o seguían con el asedio a su país.

El camión se detuvo. Esta vez no era un sueño, era completamente real. Los deseos de salir por fin de aquel pequeño tugurio eran incontenibles.

Las mujeres salieron en fila. Cerraban los ojos según salían por la puerta, porque el sol quemaba sus pupilas hechas a la oscuridad.

El paisaje no era distinto al de su pueblo: miseria y dolor eran otra vez las palabras que se veían reflejadas. Todas se preguntaban qué es lo que las había llevado a parar allí.

Quizás tenían que reconstruir las casas del pueblo para hacer de él un lugar habitable, o trabajar en algún campo cercano de cultivo en el que aún quedasen productos que recolectar.

Las mujeres se dieron la vuelta esperando una respuesta, pero los soldados parecían no tener palabras.

Una mujer salió corriendo y se echó al suelo arrodillándose ante un árbol. Era el primer árbol con vida que veía desde hacía mucho tiempo.

Definitivamente, el general que les acompañaba reunió a las tropas y a las mujeres para darles una explicación del motivo de su parada.

Sus palabras fueron mágicas. Pero no de esas palabras mágicas que son tan bonitas que te hacen sonreír, de las otras palabras mágicas, de aquellas que tienen un significado tan fuerte y punzante que te hacen llorar, bien sea de alegría o de tristeza.

La guerra parecía haber acabado, los gobernantes habían acordado un alto el fuego permanente.

Algunas mujeres gritaron, otras más calladas, simplemente lloraban. Aisha reaccionó de la segunda manera. Lo había perdido todo, pero tenía la oportunidad de recuperarlo ahora, la oportunidad que

antes tapaba la guerra.

Sus ojos comenzaron a relucir. Sus párpados se volvían de un color rosa intenso y la primera lágrima cayó por la mejilla de Aisha. La lágrima que marcó el principio de su libertad.



Un coche llamado O.R.N.I.

por Sergio Manchado Bombín

Premio 1º de Prosa, Categoría A, Concurso Cervantes 2007

Yo vivo en un pequeño pueblo llamado Valcabado de Roa. Es tan pequeño que mucha gente no sabe dónde está, entre otras cosas porque hay pocos indicadores para acceder hasta él. Pero tiene un mirador que ya quisieran otros. Desde él se divisan las tierras y pueblos de todo el contorno. Mi residencia es una cochera; allí paso horas y horas hasta que mis dueños me sacan por el pueblo a dar una vuelta. Mi nombre es O.R.N.I., un nombre un tanto curioso, que parece ser la abreviatura de "objeto rodante no identificado".

Voy a contaros mi historia. Yo en principio era un coche "dos caballos", de esos que había hace muchos años y que ya no se ven por el mundo. Mis días ya estaban contados cuando a alguien se le ocurrió que podía servir para algo más que para terminar convertido en chatarra. A base de tiempo y de

paciencia, consiguieron transformarme. Me quitaron el techo y la carrocería, y terminé pintado de rojo. Me limpiaron bien, me pusieron asientos nuevos y ahora voy hasta con música y todo. Estoy tan contento que me siento otro. Y desde el día que descubrí que alguien me quería y que servía para algo empecé a cobrar vida.

En mi cochera duermo calentito, no me mojo si llueve, no me enfrío en invierno ni me asfixio en verano. Esto se agradece, porque la verdad es que ya no estoy para muchos trotes. Aunque esté rejuvenecido y limpio por fuera, por dentro tengo mis achaques, cosas de la edad.

El invierno es muy duro porque me siento muy solo. En estos pueblos tan pequeños no se oye ni a los gatos. Los días pasan despacio porque mis dueños se marchan a Aranda y no recibo visitas.

Presiento la llegada de la primavera porque los pájaros empiezan a cantar y pienso entonces que me

sacarán de paseo. En marzo ya recibo las visitas de los abuelos. Vienen todos los días porque conmigo reside un viejo tractor y un remolque. Ellos hacen que no me sienta tan solo, pero como ellos ni sufren ni padecen tampoco me sirven de mucho.

El abuelo Luis saca casi todos los días el tractor, para ir a las tierras y a los frutales. Conmigo no se mete, pero con el tractor se enfada mucho, porque como él también es viejo, se estropea a menudo y no sabe cómo arreglarlo. A mí no me gusta que se estropee porque entonces da muchas voces y a mí me da mucha pena el tractor. Pobrecito, qué culpa tiene él de ser viejo, cuando no le falla una cosa le falla otra; menos mal que él ni sufre ni padece.

La abuela Fabi cuando le oye dar voces se marcha de allí, por si acaso. A ella le gusta venir por la cochera porque al lado está la era y la tierra del Verdinal. Allí hay una parra que descansa sobre la pared

Sancho Manchado Bombín, alumno de 2º A de E.S.O.

de la cochera. Al lado de la parra hay una higuera que da higos y más higos, y un poco más apartado está el ciruelo. En su lugar había antes un pequeño huerto, pero como los abuelos van siendo mayores ya se cansaban de traer agua para regarlo y decidieron quitarlo. En la tierra del Verdinal siembran cebada, y en primavera, como está todo el campo verde, da gusto verlo; además huele muy bien.

Las visitas de los abuelos están bien, pero a mí quienes realmente me hacen feliz son sus nietos, Serman y Paula. Yo soy el juguete preferido de Serman. Cuando su padre me recuperó de la chatarra, a él le parecía un trasto viejo. Por entonces tendría él seis años. Pero poco a poco su padre fue arreglándome, me limpió de arriba abajo, me engrasó, me pintó y entonces Serman empezó a verme con otros ojos. Él siempre estaba atento a

todo lo que me hacían, no pestañeaba. Pero lo que realmente le gustaba era sentarse y mover el volante.

A mí me gustaba que me acariciasen dulcemente, que me pusiesen guapo, pero lo que más me gustó fue que me pusiesen un nombre. Recuerdo el primer día que me llamaron O.R.N.I. como el más feliz de mi vida. Ese día fue mi presentación oficial en el pueblo. Aunque sólo tengo los dos asientos delanteros, encima de mí montaron el padre y la madre de Serman, él y su hermana y el abuelo Luis. Podía llevar a cinco personas encima. Y yo que pensaba que ya no servía para nada.

En cuanto llega marzo, cada quince días me sacan a dar una vuelta por los caminos. Subimos por el páramo, vemos las cebadas, las fuentes que hay por allí y bajamos

luego por las viñas y los frutales. Es que en este pueblo hay de todo. A mí cuánto más largo sea el paseo mejor, pero a veces me fatigo y me mareo un poco cuando subo la cuesta. Pero es que no os imagináis cómo es la carretera que llega hasta el pueblo. A veces paramos en las bodegas, que están antes de llegar al pueblo, y así yo descanso un poco.

Así han ido pasando los años, pero mi sueño era que algún día Serman pudiese conducirme. Ahora tiene trece años y su padre le deja el volante algún ratito por los caminos. ¡Qué contento voy yo! Yo sólo quiero seguir dando alegrías, pero mi sueño se ha hecho realidad.

La imaginación no tiene límites, querido lector.



Perdóname, destino

por Sergio García Muñoz

Premio 2º de Prosa, Categoría C, Concurso Cervantes 2007

Olor a salitre. Desperté riendo. Nunca despiertes. Abrí los ojos dándome a conocer a la vida, resurgiendo de entre mis cenizas cual ave fénix del alma. Arena, sólo arena. ¿Dónde estaba? Arena, había arena y agua. Me levanté, y mirando agradecido al astro rey, comencé a caminar allí donde las olas funden con la arena, con la húmeda y suave arena... ¿Mi destino? Tú. "Amaba, y creía ser amado."

Silencio roto. Monótonas campanadas del reloj que parecían tocar por las ánimas de algún difunto... yo. Entre los lamentos de mi viejo hogar, alcance a oír el inseguro correteo de un pequeño roedor en el desván. Un ruido sordo, que crujió por entre el artesonado haciendo estremecerse al fuego que en la chimenea velaba mi cuerpo, me sobrecogió: el animalito acaba de expirar. Se oyeron estridentes carcajadas. ¿Quién reía, la casa o yo? Ambos. Al encuentro del agraciado, subí por las escaleras, de piedra ya gastada, hasta llegar a mi habitación predilecta. Todos mis trofeos de caza me saludaron aunque yo tan sólo me detuve ante mi elegido, aquella cabeza de portentoso jabalí cuya muerte casi cuesta mi vida. Sentí un escalofrío por el costado derecho; la mal curada cicatriz

recordaba aquel tajo seguro, decidido a hurgar mis entrañas. Seguí avanzando entre viejos baúles y cajas escondidas bajo raídas mantas, que no albergaban sino recuerdos de un pasado mejor. Cada mueble me contaba una historia en íntimo secreto; en la seriedad de las sillas panzudas y de los sillones solemnes con sus brazos de ídolos orientales, encontraba una garantía del eterno silencio que les recomendaba. La seda de los asientos, baseada, turgente, blanda y muda. En el buró había un libro amarillo de memorias dulces y alegres, no cuando el destino quiso, sino ahora y siempre. Sobre la alfombra tupida, se erigía gracioso el astrolabio de peltre, el que alguna noche desvelada me sirviera de distracción creyendo ver en el negro celeste a Saturno devorando a su hijo; bajo él, mi búsqueda halló fin. El ratón, que poco antes había llamado mi atención, yacía bajo el hierro del cepo que le había dormido para siempre. —Por lo menos no ha sufrido— pensé, y sonriendo salí al campo. Buscaba recrearme.

Era aquel un día triste, las nubes me acompañaban, nubes que amenazaban llanto. Aburrido ya de los mismos árboles y valles, mismos lugares, no elegí destino, a mis pies di libertad de llevarme donde gustaran. Pasado un tiempo de evasión, el

murmullo de un cercano arrollo me desveló. Paré a escucharle. Nada importante, se reía de mí junto a los viejos fresnos, bañados en escarcha que se elevaban hacia el cielo de color mortecino. Me dispuse a continuar mi camino cuando, maldito sea el instante, una rana comenzó a croar fúnebremente ¡Horror! Desesperación, irritabilidad. ¡Desgraciado reloj! Los juncos rieron, el arroyo rió, pero la rana... la ufana rana seguía atemorizándome. No dudé. Cogí una piedra y la lancé a la espesura de la ribera confiando en alcanzar mi objetivo. Mi intranquilidad cesó, pero no así mi orgullo. El anfibio había callado y a los juncos y sauces había de sucederles igualmente. En los cantos de la orilla encontré refugio y, como poseído por alguna extraña querencia, comencé a lanzarlos contra aquéllos que proseguían en su mofa. Tras las cañas, refulgentes chispas afloraron que a mi mente iluminaron con una llamada. ¿Quién era el enemigo de mis ofensores? El fuego. En una roca, lamida por la corriente, donde a sus pies una zarza intentaba verdecer, centré mi objetivo. Muchos golpes, pero sólo uno fiel. De nuevo chispas que esta vez sí encontraron donde prosperar. Corre amigo, devora la ribera. Chisporroteo y paravesas, lamento de cadáveres. Abandoné aquel funeral y feliz, sofocada mi sed

Sergio García Muñoz, alumno de 1º D de Bachillerato.

de venganza, busqué inspiración. No lejos, un esqueleto hizo detenerme. Un nogal, que en vida dio más nueces que en una primavera amapolas el valle, descansaba eternamente. Un rayo había marcado el destino de aquel centenario. El tronco retorcido de dolor, las ramas encogidas de sufrimiento. Una brecha que le astillaba se adentraba en la tierra junto a sus raíces buscando el alma del difunto: había sido entregado en sacrificio como ofrenda a la diosa Vida. Tremenda injusticia. ¿Por qué ese asesinato? No era necesario... En toda la comunidad ¿quién había obrado tan altruistamente? Nada ni nadie sino el nogal. En primavera flores, gozo de mariposas y miel de abejas; en verano sombra, frescor de niñas y cobijo de nidos; en otoño nueces, alimento de ardillas y esperanza de nueva vida; en invierno espeso ramaje, protección de carbo-neros y calor de nuevas yemas... Ahora débil monumento al espanto que pacientemente espera el soplo del viento y taladro de larvas para poder volver a sentir lo que él siempre amó: la vida. Intenté alejarme de él, tenía miedo, y ¡oh, Dios mío! ¿es cierto lo que ví? No lejos del falleci-

do, un pequeño tallo de hojas lanceoladas, que ya comenzaba a tornarse fuerte y oscuro, se erigía sobre la fina hierba cual atalaya de hormiga. Me acerqué, no podía ser cierto. Sin duda, aquello era un vástago de nogal nacido en esa primavera. Amigo mío, tu futuro está escrito, a la sombra de tu padre crecerás y en una noche de temprano otoño como él perecerás. ¿Por qué árbol? ¿Por qué has dejado tu semilla en la tierra? ¿Acaso no has visto lo desagradecida que ha sido Madre contigo? No hay esperanza... Sufrimiento en vida, alegría de la muerte. Abandonando aquella triste escena busqué refugio en mi alrededor y no hallé nada que no me fuera sino recuerdo tenebroso. El sol hacía tiempo que se había arrojado sobre la Tierra para poner fin a un día más. Queriendo disfrutar de tan bello espectáculo subí a viejos riscos desde los que se admiraba una bella puesta de sol sobre el agua. La cuesta era ardua, el camino como de cabras; pavorosos acantilados a la derecha caían a picos sobre el mar, que deshacía su cólera en espuma con bramidos que llegaban a lo alto como ruidos subterráneos. A la

izquierda los tomillares acompañaban el camino hasta la cumbre, coronada por pinos entre cuyas ramas el viento imitaba como un eco la queja inextinguible del océano. Al borde de las peñas me asomé sabedor de lo que me iba a encontrar. En procesión, olas y olas iban a morir a la costa entonando no sé qué réquiem salino. Belleza desde luego; la muerte es bella. El viento caliente, me sabía a cierzo y saliendo mi pensamiento de un pozo negro, me sorprendió con los dientes apretados hasta causar un dolor sordo. Mi mirada alcé y percibí algo de extraño en el sol. No iba a dormir, quería ahogarse... No importa, nada es imprescindible. Suicidio interrumpido. Aullidos de lobo y bramidos de ciervo. Allá, en el hondo valle varios ciervos volaban hacia la espesura perseguidos por una jauría de indeseables. ¡No! Tropiezo inocente de cervato, alegría hambrienta de lobo, defensa desesperanzada de madre. Mordiscos, coces, zarpazos... cervato a salvo, madre apresada. ¿Por qué? ¿Por qué?! Gritaron las montañas. De repente, iluminación cegadora y la cierva, con ímpetu y espíritu, saltando entre las fieras. ¡Milagro! Deprisa familia, el bosque os espera. Circunstancias rápidas, hechos trascendentes. Ensimismado, me di la vuelta y vi al suicida, al que ya había olvidado. Las nubes intentaban detenerle pero ante la imposibilidad de lograrlo, a llorar empezaron. No, rey estrella, hay esperanza, yo te la mostraré. Apresurado, descendí entre las peñas. Rasguños y heridas. Corrí a la playa buscando las olas perladas. Humedad, escozor. Nadé, el mar me ayudaba; la lluvia me animaba. ¡Rápido! El sol ya ha caído al agua, no permitas que se ahogue. En tu ayuda acudo.

A lo lejos, un amargo incendio se apagaba, la lluvia había marchado al auxilio de su hijo. Crece, joven nogal, en mi corazón; corre, cervato, ilusiones te esperan. Alegrías en vida, triunfo eterno.





Viaje a Londres organizado por el Departamento de Inglés con alumnos de 1º de Bachillerato del 17 al 21 de Febrero de 2007.

Profesoras acompañantes:
Carmen Arribas, Carmen Achútegui, Sara Acebes.

Llegamos a Luton a la hora prevista, 12.15 hora local. Este año todas las maletas llegaron bien por lo que nuestro paso por la terminal fue rápido. A la salida estaba esperándonos un guía canario llamado Juan, quien nos acompañó en el autobús desde el aeropuerto de Luton al hotel Royal National y nos hizo una descripción muy acertada de la ciudad de Londres. La conocía muy bien porque, por circunstancias de la vida, había tenido que hacer de ella su casa y tenía una visión muy objetiva y

Viaje a Londres

por el Departamento de Inglés





muy real de esta gran urbe que tuvo que descubrir y en la que tuvo que integrarse:

"Es una de las capitales más importantes del mundo, y única por sus contrastes. En ella convergen la tradición (el té de las cinco, la Cámara de los Lores, la monarquía británica, las carreras de Ascot...) y la modernidad. (Canary Wharf, la Tate Modern, las últimas tendencias de moda en Candelaria...), siempre ha sido cosmopolita, con una variedad de culturas y razas por metro cuadrado difícil de superar, donde nadie se extraña y mucho menos se escandaliza por casi nada..."



El Reino Unido fue un imperio y todavía tienen, en muchos aspectos de su vida, ese aire de únicos y de distintos que explica sus reservas en relación con otros países europeos; valga como ejemplo su empeño por conservar la libra como unidad monetaria, o por conducir por la izquierda, cuando el resto de los mortales europeos conducimos por la derecha. Pero volvamos a su imperialismo: Si por una remota casualidad, tras un cataclismo que anulara todo signo de vida sobre la Tierra, un extraterrestre llegara al Museo Británico, impoluto, tendría una idea bastante completa de las civilizaciones y manifestaciones culturales que alguna vez habitaron nuestro querido planeta. Es un paseo por la historia del mundo.



Recogemos algunas sensaciones de nuestros alumnos durante la gira:



La visita a Cadem Town, donde vimos gran cantidad de puestos de ropa que marcan tendencias de la moda más revolucionaria y actual. Todo tipo de tribus urbanas, comidas exóticas, productos y artesanía "home-made", en un marco de lo más original. Artistas callejeros y tiendas muy especiales en Covent Garden con un ambiente único que nos invitaba a no movernos de allí.



Las vistas impresionantes del centro de Londres desde el "London Eye" en un día nublado y gris, absolutamente "british".

Las Casas del Parlamento y el Big Ben, tan añorados por haberlos visto tantas veces en los libros de texto o en películas... Se los imaginaban más grandes pero nos impresionó su porte majestuoso sobre el Thames.

La decoración de Trafalgar Square y todo el centro, con farolillos y luces, porque durante nuestra estancia, se celebraba la llegada del Nuevo Año Chino, el año del Cerdo.



El viaje en barco por el Thames hasta el Observatorio de Greenwich. Nos quedamos gélidos durante el trayecto, pero disfrutamos de otra manera de ver Londres, desde el agua.

Las zonas financieras: la City con "Saint Paul" a la cabeza y edificios inabarcables como el "Lloyd's" y el "Gherkin" (pepinillo), el



Ayuntamiento; y "Canary Wharf" otra señal de modernismo y de progreso donde alucinantes edificios de acero y cristal han reemplazado a los antiguos muelles de Londres que habían quedado en desuso.

Los dinosaurios especialmente, en el espectacular edificio del Museo de Historia Natural.



En el Museo Británico, los frisos del Partenón explicados con todo lujo de detalles por nuestra profesora de griego. Por un momento nos sentimos transportados en el tiempo y partícipes de la procesión de ciudadanos llevando el vestido a su diosa Atenea; las tumbas egipcias, la piedra Rosetta ...

Los Girasoles de Van Gogh, el boceto y "La Virgen de las Rocas" de Leonardo, cuadros del renacimiento, los flamencos, Monet, Picasso,.... en la "National Gallery".



Los parques "St. James's" estaba precioso, con los narcisos en flor, sus aves y algunas ardillas dándonos la bienvenida...

... y muchísimo más. El viaje fue un regalo para nuestras retinas, y volvimos cansados pero contentos, sabiendo más, tolerando mejor y con la intención segura de volver a Londres en algún otro momento de nuestras vidas. Porque vimos mucho, pero nos queda tanto por ver...